

Peinando sueños

Siempre me imaginé peinando las olas de un mar que nunca vi. Hubo momentos, que incluso pude sentir la humedad de sus mechones entre los dedos. Quizá los confundiera con mis lágrimas, no lo sé. En un mundo impregnado de testosterona, donde apenas había sitio para los sueños de una niña de tierra adentro, me atreví a soñar el océano. Asumí con cordura mi locura, ¡La felicidad es cosa muy seria!, escribió alguien. Durante las siestas del estío, me subía sobre la tabla de planchar, para experimentar el vértigo de sortear las olas que se escapaban de la marina del salón. Luego lo apuntaba en mi libreta de hojas cuadriculadas para contárselo a Tomás, mi perro y confidente, irónicamente el único que no necesitaba ver para creer. Sí, siempre necesité imaginar para vivir vidas más amables. Me imaginé peinando nubes o en tierra firme, quitándole el delantal a mi madre para vestirla de reina. Me imaginé peinando sus sueños de mujer, en un intento desesperado de juntar sus partes rotas. Un día de febrero, decidió irse. Quiso abandonar el frío del invierno para emigrar al Sol, dejándome aquí, a la espera de que suba la marea, peinando olas...Las olas de un mar que nunca vi.